Leopoldo Fernández Pujals

APUNTA A LAS ESTRELLAS Y LLEGARÁS A LA LUNA

CONVIERTE TUS SUEÑOS EN ÉXITOS



Por el fundador de TelePizza y presidente de Jazztel



Leopoldo Fernández Pujals

APUNTA A LAS ESTRELLAS Y LLEGARÁS A LA LUNA

CONVIERTE TUS
SUEÑOS EN ÉXITOS



ESPASA

Fotografías de interior: Archivo personal del autor

Depósito legal: B. 22.867-2014
ISBN: 978-84-670-4304-4

Preimpresión: Safekat, S. L.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Índice

1
Mi salida de Cuba

Estaba a punto de escuchar la noticia que cambiaría el curso de mi vida. Era el año 1960, tenía trece años cumplidos y mi porvenir, por lo que pensaba y podía ver, era claro y esperanzador. Regresaba a mi casa de La Habana en el coche de un amigo del colegio de La Salle, Agustín Arellano. Volvíamos de la finca arrocera de sus padres, situada en la provincia de Pinar del Río, pasado el pueblo de Artemisa, muy cerca de San Cristóbal. Corría el mes de julio y la temperatura era muy agradable. Las ventanillas del coche iban abiertas y el olor del campo entraba y llenaba el ambiente. Como era domingo, el tráfico a la entrada de la ciudad era fluido y cómodo. Llegamos a mi casa, en la esquina de Quinta Avenida y la calle 24, en el reparto Miramar, y me bajé del coche. Cuando entré en casa, mis padres me condujeron directamente hasta la biblioteca, un santuario que yo había visitado una sola vez y a escondidas —allí se aislaba mi padre durante muchas horas para leer en silencio—. Fueron claros y tajantes: dijeron que el tío Raúl había viajado a Estados Unidos porque había oído rumores de que el Gobierno de Fidel Castro lo pensaba meter en prisión. Nosotros tres —mis dos hermanos y yo— volaríamos hasta Florida para estar

con él y su familia. Añadieron que creían que se avecinaba otra lucha armada.

Como anécdota, diré que el 10 de enero de 1959, diez días después de que Fidel Castro tomase el poder, un húngaro que alquilaba un apartamento de mi familia dio un preaviso para romper el contrato de alquiler. Les comunicó a mis padres que se iba del país, porque, según dijo, lo que venía era comunismo, que él ya lo había vivido en Hungría y que no deseaba repetir la experiencia. Mis padres no creían que eso fuera posible a tan solo noventa millas de Estados Unidos. Como decía mi padre, «no es lo mismo que te den un pisotón a que tú lo metas». Al húngaro le habían metido un pisotón y ¡tuvo más razón que un santo! Con el paso de los años he ido notando que los demócratas que deseamos vivir en armonía no entendemos cómo algunos políticos o figuras públicas, deseosos de llegar al poder, venden la lucha de clases para enemistar y enfrentar al pueblo contra la clase adinerada y los empresarios del país. E ingenuos que somos, no creemos que el comunismo pueda instaurarse.

Un año y medio después de que finalizase el enfrentamiento contra el dictador Fulgencio Batista y de que el húngaro se hubiera marchado, mis padres quisieron sacarnos provisionalmente de un país convulso y peligroso. Muchos de los hombres que se alzaron en armas para deponer a Batista, pocos meses después de enero de 1959 se rebelaron contra Fidel Castro y crearon numerosos focos guerrilleros en el Escambray, un macizo montañoso enclavado en el centro de la isla. Pero en las ciudades se vivía también un clima de inseguridad. Recuerdo la preocupación de mi madre cuando yo iba al cine por el peligro de que estallaran bombas en las calles o de que se produjeran otros actos de sabotaje. No cesaban las acciones de jóvenes activistas opuestos al nuevo grupo de poder, que había anunciado democracia, libertad y progreso para el país. Pero la realidad era la opuesta, ya que el Gobierno se encaminaba hacia el totalitarismo a gran velocidad, mediante leyes como la Reforma Agraria, decretos para controlar la independencia laboral, nacionalizaciones de grandes empresas y la creación de un organismo esta-

tal de corte soviético, la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN).

Muchos de los que lucharon por sacar a Cuba de una dictadura liderada por un sargento del Ejército, Fulgencio Batista, comenzaron a desertar del nuevo régimen y a denunciar a Fidel Castro como un politiquero populista y mentiroso que maniobraba a diario para fundar una dictadura personal con el apoyo del llamado «campo socialista». Los amantes de la democracia pensaban que, gracias a la oposición, el régimen caería, pero la realidad fue bien distinta. Quien se oponía desaparecía, como el comandante Camilo Cienfuegos, uno de los «barbudos» más queridos por el pueblo, de quien nunca se supo más tras un supuesto accidente aéreo (los restos del avión no se encontraron nunca). Otros fueron sometidos a juicios sumarios y condenados a largas penas, como le sucedió a Huber Matos, comandante de la revolución, que fue condenado a veinte años de prisión, o a Mario Chanes de Armas, que fue condenado a treinta años de presidio. Este último había participado en el ataque al cuartel Moncada, junto a Fidel Castro, el 26 de julio de 1953, hecho por el que cumplió dos años en la cárcel de Isla de Pinos. Tras recibir un indulto, viajó junto a Castro a México y fue uno de los ochenta y dos rebeldes que acompañaron al líder de la revolución en el desembarco del yate *Granma,* en diciembre de 1956, en la costa oriental del país, para iniciar la campaña de guerrillas en la Sierra Maestra.

En la víspera de mi viaje a Miami, la represión mostraba ya su cara más dramática. En la fortaleza de La Cabaña y en otros cuarteles militares tenían lugar fusilamientos diarios que instauraron un clima de terror en todo el país. Y esa atmósfera se mantiene en la actualidad. Me han contado cubanos recién llegados de la isla, tras haber padecido largos años la dictadura, que los Castro han conseguido meter a un policía en la mente de cada ciudadano, hasta el extremo de jugarse la vida en una balsa —en un mar infestado de tiburones— para llegar a las costas norteamericanas, pero no de enfrentarse al régimen, como fue el caso de Elián González y su familia.

En nuestra familia teníamos un ejemplo de decepción y denuncias: mi tía abuela Elena Mederos Cabañas. Descendiente directa de cubanos colaboradores y amigos de José Martí en Cayo Hueso, ella siempre fue una mujer que se preocupó por ayudar a los ciudadanos más pobres y con menos recursos. Por eso aceptó, en enero de 1959, encabezar el Ministerio de Bienestar Social. Seis meses después dimitió y comenzó a colaborar con los movimientos clandestinos que se enfrentaban a la nueva dictadura, como ya hizo con la de Fulgencio Batista. Se fue al exilio en 1961 y continuó su batalla por la libertad hasta su muerte, en 1981, por medio de la organización sin ánimo de lucro Of Human Rights, con sede en Washington, D. C.

Mis padres tenían reservas de vuelo para dos de nosotros con fecha del 13 de julio con destino a Miami. Otros dos asientos eran para el día 18, porque alguien debía acompañar a mi abuela Romelia, que iba a asistir a la primera boda de una de sus nietas, mi prima Graciela Pujals. Se casaba dos días antes, el 16 de julio, en la iglesia del Corpus Christi en La Habana. Yo me apunté sin pestañear para acompañar a mi abuela. Es curioso observar cómo dos personas de un mismo matrimonio han tenido unos finales tan diferentes. Su marido, mi abuelo materno, Pancho Pujals, con quien Romelia estuvo casada cuarenta y ocho años, falleció el 8 de noviembre de 1958, dos meses antes de la llegada al poder de Fidel Castro. Mi abuela, por el contrario, vivió la amargura del exilio durante veinticuatro años, antes de fallecer en 1984.

Pero hasta que llegara el momento de volar a Estados Unidos quedaban varios días de espera. Mi vida, aparentemente, siguió como siempre, aunque no le dije a ninguno de mis amigos del Habana Yacht Club que nos íbamos del país. Mis padres, en la biblioteca, me habían advertido de que el silencio absoluto era imprescindible para evitar problemas en el aeropuerto. De modo que nos fuimos sin despedirnos de nadie. Años después supe que, cuando comenzó el siguiente curso escolar en septiembre, cada semana se ausentaban más y más alumnos del colegio. De los

empleados que trabajaban en casa sí nos despedimos, pero no fue una despedida del todo sincera. Les dijimos que volveríamos en un par de meses, antes del comienzo del siguiente curso escolar. Pero ese regreso está por ocurrir. Les tenía mucho aprecio y pienso en ellos con frecuencia, preguntándome si se habrían adaptado a la pobreza que se reparte en los países comunistas.

Tan solo tuvimos noticias de *Titi,* Felicia Guerra, la cocinera jamaiquina que trabajaba en casa y que me conocía desde que nací en el año 1947. A menudo me colaba en la cocina para que me enseñara a preparar mis platos favoritos, principalmente los desayunos de los fines de semana. De los hermanos, yo fui el único que demostró interés en la cocina, y Titi estaba encantada. Ya en el exilio, ella le escribía a mi padre una carta anual pidiéndole ayuda económica, y cuando él falleció, yo continué enviándole dinero hasta que murió. Ahora ayudo a su hija, a quien solo conozco por las cartas y los vídeos que me envía. Espero que nos encontremos algún día.

Como estaba previsto, mis hermanos se marcharon el día 13. Salieron con mi tía Alicia y varios primos. La boda de Graciela fue muy concurrida y la celebración que tuvo lugar después de la ceremonia religiosa resultó magnífica. La fiesta fue en el jardín del complejo de casas que había edificado mi abuelo materno, Francisco Pujals y Claret. Recuerdo que tuve que guardar a la perra pastor alemán, *Silver,* para que los invitados pudiesen estar tranquilos. A causa del cariño que sentía por *Silver,* durante años he tenido en casa y he criado perros de esa misma raza.

El recuerdo de la «pecera» en el aeropuerto de Rancho Boyeros contiene más tristeza que miedo. A través de la cristalera veía a mis padres, sobre todo a mi madre, con una mirada extraña. Una forma de mirar que no puedo describir con palabras. Ya en el avión, sentado junto a mi abuela, me acordé de que tenía tres relojes de oro escondidos en mi equipaje. Eran recuerdos de mis antepasados que mi padre me pidió que sacara del país. ¡Gracias a Dios que no me registraron!

2
El exilio en Florida

Cuando llegamos a Miami y vi el panorama que presentaba la ciudad, pensé que habíamos dado un paso atrás. Me dije a mí mismo que Cuba estaba muy adelantada en comparación con el sur de Florida. Es increíble y triste a la vez ver cómo hoy Miami es una gran urbe y un orgullo para los cubanos; todo lo contrario que La Habana, que ha retrocedido hasta ser una ciudad empobrecida y en ruinas.

La primera semana la pasamos como «de vacaciones» en la casa de mi tía Olga, hermana de mi padre, que estaba casada con un norteamericano. Ellos vivían en una vivienda que daba a la bahía de Vizcaya, y salimos en su barco a pescar en más de una ocasión. En realidad, el trauma del exilio empezó la semana siguiente…

Varios hechos que ocurrieron durante esos dos primeros años en Estados Unidos me vienen a la memoria con suma claridad, y aunque son muy diferentes —en orígenes y consecuencias—, para mí fueron de relevancia, tanta como para no olvidarlos nunca. El primero fue el huracán Donna (o ciclón, como los llamábamos en Cuba). Era la primera vez que yo vivía una experiencia semejante: el viento llegó a soplar a más de doscientos kilómetros por hora, el agua de la lluvia entraba por las rendijas de las ventanas y el ruido

del viento era un concierto amenazador e inquietante. La gran tormenta sucedió en agosto, un mes después de llegar nosotros a Miami. En aquel momento vivíamos de alquiler en una casa en un barrio obrero de clase media-baja al noroeste de Fort Lauderdale.

La principal actividad de la ciudad era el turismo. Durante el invierno era el principal destino de los norteamericanos del noreste, y, curiosamente, en Semana Santa, las playas se llenaban de estudiantes universitarios. Las vacaciones, o *Easter break,* que es la forma coloquial de llamar al período vacacional de la primavera, se repartían a lo largo de todo un mes, pues cada universidad las celebraba en una semana diferente. Era un acontecimiento social singular y muy atractivo, ya que en una ciudad de, aproximadamente, cincuenta mil habitantes por aquel entonces, dormían y se acomodaban donde podían durante esos treinta días más de medio millón de estudiantes. Esa presencia arrolladora de jóvenes y su manera especial de divertirse llevó a que se filmara la película *Where The Boys Are,* que se estrenó en 1961.

Otro recuerdo permanente de aquellos tiempos tiene que ver con la casa en la que nos refugiamos. De repente, éramos cinco varones, todos hermanos, primos hermanos o nietos del matrimonio Pujals-Mederos, los padres de mi madre. Y vivíamos con el tío Raúl y la tía Alicia, la hija menor de mi abuela materna. Yo dormía en un catre de plástico y no podía dejar de pensar en el vuelco definitivo que había sufrido mi vida. Todas las noches durante aquel primer mes lloraba, pero sé que esas lágrimas sirvieron para fortalecerme y endurecerme. Tan solo volví a llorar diez años después, cuando mi madre murió de un fallo cardíaco. Era el 25 de agosto de 1971 y yo estaba en la guerra de Vietnam.

Cuando llegó el mes de septiembre de 1960, mi hermano mayor y yo nos matriculamos en el instituto Central Catholic de Fort Lauderdale. Mis primos y mi hermano Eduardo, que eran más pequeños, lo hicieron en el colegio Saint Clements, donde estudiaban los que tenían entre seis y doce años de edad. Cuando comenzaron las clases, experimenté un choque fundamental: en La Haba-

na yo era un joven con un nombre y apellidos que eran respetados, pero en Fort Lauderdale no era más que un número, uno más de los muchos exiliados que llegaban a Estados Unidos. Y, además, hablaba una lengua distinta. Recuerdo una frase que mi madre dijo durante aquella época: «Nos han robado todo menos lo que tenemos en la cabeza, y esta tenemos que usarla».

El instituto Central Catholic, dirigido por las monjas dominicas, era el único de la zona de formación católica en el que se podía estudiar bachillerato. Como ya he dicho, yo tenía trece años, y el curso que me correspondía era el *sophomore year,* o segundo año. Pero tuve que repetir varias materias que había estudiado en Cuba durante mi primer año de bachillerato para adaptarme al sistema norteamericano. Recuerdo que en la clase de álgebra, cuando el profesor escribía un problema en la pizarra, yo le soltaba la respuesta al instante, lo que me creó bastantes problemas. En la clase de inglés, me encantaba responder con *no speak English* (no hablo inglés)*,* cuando, en realidad, lo entendía casi todo. Pero un día, una monja me reprochó con severidad: *«You do understand and speak English»* (tú entiendes y hablas inglés). ¡Menuda monjita! Por su culpa tuve que abandonar mi cómodo silencio en clase.

Al instituto asistían jóvenes de ambos sexos. Hasta aquel momento yo siempre había ido a escuelas para varones, pertenecientes a la Orden de los hermanos de La Salle, por lo que no estaba acostumbrado a estudiar con chicas. No tardé mucho en encapricharme de una rubita americana, de modo que tuve lo que en Estados Unidos llaman un *puppy love,* mi primera noviecita. El «idilio», como marcaba la época, consistió en unas invitaciones al cine y mis primeros besitos en la oscuridad.

En Fort Lauderdale residían pocas familias cubanas, al contrario que en Miami, pero en el instituto me encontré con dos antiguos compañeros, los hermanos Florentino y Eduardo Blanco, que habían estudiado conmigo el primer grado de primaria en el colegio de La Salle de Miramar. No los había vuelto a ver desde entonces. Al año siguiente se trasladaron a Costa Rica, como muchas

otras familias que tuvieron que cambiar de ciudad, e incluso de país, para, como solíamos decir, «levantar cabeza».

Una actividad que nos pareció interesante y, además, productiva fue la acumulación de sellos *(Top Value Stamps),* que se conseguían al hacer la compra en el supermercado. Cuando se juntaban los suficientes, podíamos escoger algunos regalos en una tienda exclusiva. El primero fue una maquina eléctrica para cortar el pelo. En la casa éramos seis varones, y nos dimos cuenta de que el aparato nos ahorraría nueve dólares al mes, que era lo que costaban seis cortes de pelo. Mi tío Raúl se autodesignó «barbero» y mi hermano Eduardo fue el primer conejillo de Indias. Al terminar la faena, la parte de atrás de la cabeza de mi hermano parecía el mapa del continente africano, por lo que nadie más quiso que tío Raúl le tocara el pelo. Entonces convencí a mi hermano para que me permitiera arreglarle los trasquilones o cucarachas, como las llamábamos en Cuba. Y tuve tal éxito que me convertí en el barbero de la casa —mi primera profesión no remunerada—. Como parecía que mis cortes de pelo también gustaban a otros parientes asentados en Miami, algunos nos visitaban cuando lo necesitaban. Yo disfrutaba permitiendo que se ahorraran dinero y, además, me sentía orgulloso de los cortes que hacía. Ellos salían contentos, aunque tenían que ir directamente a la ducha para quitarse los restos de pelo que habían quedado en el cuello, y con el paso del tiempo me pagaban un dólar por corte, ¡y todos felices!

Cuando el poco dinero que mis padres lograron sacar de Cuba, a través de un banco canadiense, se estaba agotando, mi madre decidió, a finales de 1960, salir de la isla. En menos de un mes consiguió trabajo en un estudio de arquitectura. Ella había sido la primera mujer que se graduó como arquitecta en la Universidad de Pensilvania, en la ciudad de Filadelfia, en 1940. Cuando volvió a Cuba convalidó su título en la Universidad de La Habana y, después de presentarse a oposiciones, en 1941 se convirtió en la primera profesora en la Cátedra de Arquitectura en la misma universidad. Al salir de Cuba era vicedecana de dicha cátedra.

La sabiduría de mi padre había previsto lo que ocurrió con la familia en el sur de Florida. Él decía que en una casa se pueden acomodar muchos muebles, cortinas, cuadros y alfombras, pero pocos caracteres. Después de que mis tíos compraran una casa en 1960 —la pagaron a plazos durante los siguientes treinta años—, en 1961 mi madre, que dormía en la habitación de mi abuela Romelia, decidió que era hora de que nosotros también tuviéramos una casa propia. Mi madre, con el fin de no separar a la familia y permanecer cerca de mi abuela, compró la que estaba en la esquina, a unos cien metros de donde se instalaron mis tíos, en el 2331 de la avenida 31, al suroeste de Fort Lauderdale.

Cuando mi padre se refirió a la dificultad de acomodar diferentes caracteres en poco espacio, en realidad estaba hablando del mío. Yo no me sentía del todo a gusto y me costaba aceptar las órdenes de mi tío Raúl. El enfrentamiento más fuerte tuvo lugar durante una comida. Mi tío obligó a mi hermano menor a comerse unas rodajas de tomate cuando poco antes había permitido que su hijo pequeño las rechazara. Mi hermano obedeció, pero al momento vomitó todo lo que había comido. Mi tío intentó obligarle a meterse en la boca lo devuelto, y entonces me enfrenté a él. Dije algo así como *over my dead body* (por encima de mi cadáver), y acabé castigado en nuestra habitación.

Mi padre iba y venía de Cuba porque ingenuamente pensaba que si visitaba la isla de vez en cuando, el régimen comunista no se atrevería a quitarle más propiedades. Sin embargo, el 4 de agosto de 1961 decidió quedarse definitivamente en Fort Lauderdale. El régimen había dictado un cambio de moneda y solo se podían cambiar doscientos pesos a la nueva moneda. La decisión implicaba que el resto del dinero que la gente pudiera tener escondido o en el propio banco ya no poseía ningún valor. Recuerdo que, antes de salir de Cuba, en 1960, mis padres habían comprado unos pasajes de avión para volar por gran parte del mundo. El propósito verdadero era reconvertirlos en dólares cuando salieran del país y recuperar el dinero en efectivo. Pero, una vez fuera, supieron que esos

billetes comprados en Cuba no podían devolverse ni convertirse en dinero contante y sonante. Más o menos por la fecha del cambio de moneda, mi tío José, hermano de mi madre, fue capturado por las fuerzas represivas del régimen y se hallaba en destino desconocido. Mi padre se presentó en las oficinas de la CIA, en Miami, para ofrecerse como voluntario para regresar a Cuba y averiguar qué había sido de su cuñado. El funcionario con el que se entrevistó le dijo que, si regresaba a la isla, en lugar de un hombre preso habría dos.

En mi opinión, un buen termómetro para medir la calidad del Gobierno de un país es la cantidad de personas que emigran e inmigran. Para eliminar disputas sobre el bienestar del ciudadano cubano, siempre sugiero que se analice cuántas personas van a la isla y deciden quedarse y cuántas se desencantan y se van. Yo no tengo noticias de que hayan ido dos millones de extranjeros a vivir a Cuba, mientras las estadísticas dicen que cerca de un 20 % de ciudadanos han abandonado la isla (de una población de once millones de habitantes). Y si se observan las cifras de los que hoy siguen renunciando al paraíso obrero, uno se puede hacer una idea de cómo funcionan las cosas allí y cómo se ven el presente y el porvenir.

La cantidad de cubanos exiliados que han salido para no volver es similar a la población de cualquiera de los pequeños países centroamericanos. Yo he viajado mucho y he vivido en varios países, pero siempre me sorprende la reacción de algunos españoles ante la realidad cubana. Hay quien tiene la idea de que en la isla se vive una fiesta continua de bailes y canciones. No se dan cuenta de que el cubano canta porque no puede hablar, y si habla contra el régimen, es encarcelado. En mi opinión, esa visión es producto de la fiebre de las ideologías y de la propaganda castrista.

La operación militar de «Playa Girón», o Bahía de Cochinos, comenzó la noche del 16 de abril de 1961. Aquella invasión, formada por una brigada de luchadores voluntarios cubanos (alrededor de dos mil quinientos), en el sur de la provincia occidental de

Matanzas, se realizó para derribar el régimen de Castro y supuso la primera traición del presidente norteamericano John F. Kennedy a la causa de la libertad del pueblo de Cuba. Permitió que se realizara, aunque sabía que cancelaría el apoyo aéreo programado para ayudar a los batallones de infantería. En otras palabras, envió hombres a la guerra a morir sin la menor posibilidad de triunfo. En mi opinión, esa es una de las razones que explican que la mayoría de los cubanos americanos vote a candidatos del Partido Republicano. Y, de hecho, salvo algunas excepciones, no entiendo cómo un solo cubano patriota y deseoso de la libertad de Cuba vota a un candidato del Partido Demócrata.

A los catorce años me saqué el carné de conducir, aunque solo podía llevar un coche si un adulto me acompañaba. Como deseaba ganar dinero, me presenté en las oficinas de distribución de prensa para repartir periódicos de casa en casa a las cinco de la mañana. Me dieron el empleo y mi intención era usar la bicicleta para repartir la prensa, pero mi madre no me permitió salir de casa solo tan temprano y se ofreció a ir conmigo en el coche. Al segundo día tuve un accidente y se acabó el empleo. Mi madre se había bajado del coche y había dejado la puerta abierta. Yo puse la marcha atrás y con la puerta me llevé un buzón de correos. Ella me convenció para que buscara otra actividad, así que me dediqué a cortar el césped de las casas de los vecinos o a hacer las chapuzas que quisieran en sus jardines.

Mi padre, que había ejercido como abogado y notario en Cuba —disponía de su propio bufete—, tuvo que conseguir un trabajo muy poco estimulante como mensajero en un laboratorio dental. Ganaba muy poco dinero. Mi madre siempre tenía varios empleos: trabajaba como profesora en el instituto Saint Thomas Aquinas, antiguamente el instituto Central Catholic, donde estudiábamos nosotros. Allí enseñaba diseño, dibujo técnico y español. Por las noches diseñaba casas para una constructora que durante varias décadas se benefició del crecimiento de la población en el sur de Florida.

Fue a finales del mes de octubre de 1962, después de la crisis de los misiles, cuando todos nos convencimos de que la diáspora y la espera iban a ser largas. John F. Kennedy traicionó a los cubanos por segunda vez con el pacto que firmó con el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Khrushev, que impedía que los cubanos usaran algún territorio del continente americano para atacar al régimen de los Castro. Lo cierto es que muchos de nuestros compatriotas han pasado años en las cárceles de Estados Unidos por intentar conseguir la libertad por la vía armada. Ya solo se habla de la vía pacífica, pero veo difícil alcanzar la emancipación con globitos y pancartas cuando el contrario está armado y tira a matar. Hemos sido una pieza de canje en una partida de ajedrez en la que los jugadores han mirado por sus intereses económicos y políticos, menospreciando la libertad de todos los cubanos.

Mi padre no pudo ejercer su profesión de abogado porque no podía convalidar su título, ya que las leyes en Cuba se basaban en el código napoleónico, mientras que en Estados Unidos se basan en la Constitución de ese país. Entonces empezó a enviar su currículum a diversos colegios privados del noreste de Estados Unidos ofreciéndose como profesor de español. Le dieron una plaza en Suffield Academy, y cuando empezaba el curso escolar, en septiembre de 1963, yo le acompañé en un viaje que no olvidaré nunca: treinta horas en un autobús que hacía el recorrido desde Fort Lauderdale hasta Hartford, Connecticut. Cerca de Hartford se encontraba el instituto donde yo finalizaría la enseñanza secundaria. Fue un viaje interminable y durísimo, y terminamos con los tobillos hinchados. Pero en la remuneración por el trabajo de profesor de mi padre se incluía la matrícula para estudiar mi último año de bachillerato.